

su último regalo

Todo se precipitó hace escasos meses... Comenzaba el verano de 2016, y por mala fortuna podríamos decir, nos llegó la noticia que ya intuíamos, pero que ninguno quería admitir... Mi abuela, enferma de Cáncer de Colon desde hacía 4 años, ya no resistía los ciclos de tratamiento. Después de numerosas sutilezas por parte de los profesionales que trabajaban en el centro, la matriarca nos sorprendió a todos, tanto familiares como profesionales, se levantó de la cama del hospital (a duras penas) y dijo que quería morir en casa, cuidada por su familia.

Desde ese momento, los familiares más cercanos nos convertimos en cuidadores de la persona que más nos ensañaría de la vida durante los siguientes meses.

Yo solía hacer el turno de la mañana. Por lo tanto la rutina era despertarla, tomarle las constantes vitales, ayudarla a desayunar (necesitaba participar en pequeño grado de las labores diarias), tras esto la ayudaba a ducharse y seguidamente la tumbaba en el sofá. Muchas mañanas fueron las que pasamos mano a mano en el sofá, pero especialmente recuerdo una en la que me cogió la mano y me dijo: " Por tu don de saber escuchar, de comprender, de sonreír, de dar esperanza solamente con la mirada. Gracias. Quiero que ayudes a muchos más a dejar este mundo". Esa tarde mi abuela empeoró notablemente, avisamos al médico y nos dijo que era partidario de administrarle morfina para aliviar su sufrimiento. Nadie dijo nada, y cuando el médico se fue, todas las miradas se volvieron sobre mí, estudiante de enfermería.

"¿La morfina es para que se muera ya?" la pregunta me cayó como una losa. Intenté explicarles lo mejor que pude los efectos que la morfina producía y que simplemente ayudaba a las personas a no prolongar más el sufrimiento. Se notó que estaba a favor de administrarle morfina a mi abuela y una voz desde el centro de la cocina emergió: " Vosotros lo que queréis es matar a la abuela" (mi familia no está muy a favor de los diagnósticos médicos, ni de la farmacología).

Llegado este punto comprendí la controversia de pensamiento en cuanto al uso de morfina en los pacientes terminales.

Decidimos plantearle a mi abuela las posibilidades que tenía para sufrir menos. A partir de este momento, puedo decir que todos los presentes íbamos más a ciegas que otra cosa, mientras ella parecía mostrarse segura (en sus momentos lúcidos). Decidió que ella pediría la morfina cuando no pudiese más, pero antes quería darnos el último regalo. Fue llamando a su lado a los allí presentes, uno a uno. Como no era de extrañar, me tocó el turno a mí, y estas fueron sus palabras, que a día de hoy aún me siguen encogiendo el corazón cuando las recuerdo: "Gracias por dejarme decidir, por no dejar que tus sentimientos interfieran en las decisiones que incumben a los más vulnerables. Gracias por acordarte que los que nos morimos aún podemos pensar y decidir. Gracias por las sonrisas diarias y no mostrar nunca miedo a que me vaya. Pero ahora me toca hablar como tú abuela: Lo más importante para mí es asegurarme que continuareis unidos aunque yo no esté, porque la vida sigue adelante aunque os abandone. Todos tienen sus vidas ya encarriladas, sin embargo la tuya está patas arriba. Así que tu punto de apoyo será nuestra familia, sonríeles cuando estén tristes y haz que siempre me recuerden con una sonrisa y no con lágrimas. Prométeme que como futura enfermera escucharás, sonreirás y harás reír a tus pacientes, así me iré en paz, porque siempre cumples las promesas". Se lo prometí.

Cuando terminó de regalarnos sus últimas palabras, pidió que se le administrase la morfina. Llamamos a los profesionales pertinentes y a la media hora mi abuela falleció. No sin antes darnos una última lección, en silencio, sin quejarse y con una sonrisa en su rostro.

Marta Álvarez Peláez